



Lectio divina. D. III de Pascua

JUAN 21,1-19 ... Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos después de resucitar de entre los muertos. Después de comer, dice Jesús a Simón Pedro: —Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos? Él le contestó: —Sí, Señor, tú sabes que te quiero. Jesús le dice: —Apacienta mis corderos. Por segunda vez le pregunta: —Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Él le contesta: —Sí, Señor, tú sabes que te quiero. Él le dice: —Pastorea mis ovejas. Por tercera vez le pregunta: —Simón, hijo de Juan, ¿me quieres? Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez: —¿Me quieres? Y le contestó: —Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero. Jesús le dice: —Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero, cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras. Esto dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios. Dicho esto, añadió: —Sígueme. **Palabra del Señor**

Estamos ante la última escena del cuarto evangelio, muy rica en detalles, algunos de ellos entrañables. Pedro, a diferencia del discípulo amado, tiene muchas dificultades para reconocer la nueva condición de Jesús. Necesita la ayuda de ese discípulo a quien Juan ha querido dejar anónimo. Lo que principalmente le identifica es ser amado por Jesús. Este es precisamente el tema central del diálogo que Jesús establece con Simón Pedro. En esta parte se recuerdan otros lugares del evangelio. Jesús le llama «Simón, hijo de Juan», al igual que en la escena de su vocación (Jn 1,42), indicando así que ahora, tras la Pascua, Pedro tiene que redefinir o reubicar su primer encuentro con Jesús. Ya no sirve su disposición primera. A continuación, sigue la triple pregunta por el amor, que evoca las tres negaciones de Pedro cuando Jesús fue arrestado. A este discípulo que huyó presa del miedo, que, aunque por una parte quería, no fue finalmente capaz de acompañar de verdad a Jesús, se le ofrece otra oportunidad, se le brinda de nuevo la confianza. Jesús encomienda a Pedro «sus propias ovejas», la comunidad creyente, pero se le exigen dos cosas: amar y estar dispuesto a entregar la propia vida.

Meditación:

Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos? En el diálogo entre Jesús y Pedro, en la orilla del lago después de la resurrección, Pedro reconoce que no puede amar a Jesús desde sí, sino solo desde Él. Es entonces cuando Jesús le dice: «¡Sígueme!». Este es el amor del seguimiento. El diálogo concluye: «Cuando eras joven ibas donde querías, cuando seas mayor otro te ceñirá y te llevará donde no quieras». Así le anunciaba de qué muerte iba a morir, pues el amor teológico del seguimiento tiene como forma de misión la cruz. El amor de misión está configurado por la cruz: (Flp 3) «Llamado a compartir los sufrimientos de Jesús para compartir su gloria».

Solo el amor entregado gratuitamente es digno de fe. En Pedro constatamos los dos momentos del amor del seguimiento. Cuando es llamado por Jesús al inicio de su misión pública, Pedro ama a Jesús desde sus expectativas mesiánicas (fruto de las corrientes mesiánicas de su tiempo). En el encuentro del Resucitado con él y con el discípulo amado, Pedro ya puede seguir a Jesús desde un amor que purifica su fe en Cristo Jesús. Amor fundamentado en la vida nueva que toma la forma de amor entregado hasta la muerte. Pedro, representante de la jerarquía en la Iglesia, habrá de escuchar el testimonio del discípulo amado, ya que el amor siempre va por delante en el descubrimiento del resucitado, pero no prescinde de la jerarquía.

Oración

Gracias, Padre, por regalarnos a Jesús resucitado. Sin Él, nada podemos hacer. Pero con Él nos atrevemos a vivir, atravesando todos los momentos duros de la vida. Danos un corazón fuerte para serle siempre fiel en todas las circunstancias.

Contemplación:

Lee y repite con frecuencia:

“Señor, Tú conoces todo, tú sabes que te quiero”

